

EL PAISAJE Y LA OCUPACIÓN DEL TERRITORIO DURANTE LA PREHISTORIA RECIENTE EN TORNO A LA CALZADILLA (ALMENARA DE ADAJA-PURAS, VALLADOLID)

Landscape and settlement in late Prehistory near La Calzadilla (Almenara de Adaja-Puras, Valladolid)

JAVIER QUINTANA LÓPEZ* Y SOLEDAD ESTREMERÁ PORTELA*

Resumen: En este artículo presentamos los datos sobre la ocupación de la Prehistoria reciente en el entorno del yacimiento de La Calzadilla (Almenara de Adaja-Puras, Valladolid) y una interpretación de la relación entre las distintas etapas y los condicionantes del paisaje de esta zona de las campiñas arenosas del sur del Duero.

Palabras clave: poblamiento prehistórico, paisaje, dependencia hídrica.

Abstract: In this paper we present the findings about late Prehistory near the site of La Calzadilla (Almenara de Adaja-Puras, Valladolid) and an interpretation of the relationship between the different periods and the influence of landscape in the sandy countryside south of river Duero.

Key words: prehistoric settlement, landscape, water dependence

Alguien tan poco dado a los viajes pero tan sagaz en el análisis de la realidad como fue Fernando Pessoa nos dejó escrito que “lo que vemos no es lo que vemos, es lo que somos”, o lo que es lo mismo que “es en nosotros donde los paisajes tienen paisaje”, precisa manera de evidenciar la carga de subjetividad inherente a la contemplación o el análisis de un territorio. Obvio es decir que si esto es así en cualquier circunstancia, cuanto más si tratamos de acercarnos a la concepción del paisaje que pudo tener una cultura del pasado, condicionada por sus propios parámetros ideológicos, que tan alejados están de los nuestros. En suma, como es bien sabido, un paisaje es la conjunción de sus componentes geográficos y del valor simbólico otorgado a esos elementos, y esto último no

* Alacet Arqueólogos, S.L. C/ Doce de octubre, 9, 47005 Valladolid. Email: arqueólogos@alacet.com

es posible deducirlo para aquellas gentes que no nos han dejado un testimonio escrito de su visión del mundo. Prueba indirecta de ello es que la Arqueología ha intentado acercarse a este problema desde muy diferentes enfoques teóricos (Burillo Mozota, 1998), como instrumento, la mayor parte de ellos parte del examen de los factores físicos actuales para proyectarlos al pasado mediante aquellos análisis (polínicos, antracológicos, faunísticos, etc.) que reconstruyen la evolución de los diversos ecosistemas pretéritos y, finalmente, interpretar la relación hombre-medio acudiendo a explicaciones las más de las veces de cariz económico o subsistencial, las menos de tipo simbólico, aunque no faltan loables esfuerzos en este sentido (ibídem).

Valga esta digresión inicial para plantear nuestra posición de partida. Cuando el doctor Delibes nos propuso escribir una colaboración sobre el poblamiento y los factores de localización de los yacimientos en torno a La Calzadilla¹ debido a la vinculación de uno de nosotros con el Inventario Arqueológico de esta zona de la provincia, lo primero que se nos vino a la mente fueron las limitaciones que teníamos. Para empezar, carecemos de estudios concretos para perfilar la evolución de la vegetación o de la fauna y, a través de ellos, del clima o del grado de antropización del entorno a lo largo de la secuencia prehistórica. Además, los datos sobre el poblamiento parten de campañas del Inventario Arqueológico de la administración², marcadas por su carácter selectivo, por lo que manejamos sólo una parte del potencial arqueológico, lo que dificulta sobremanera realizar acercamientos a lo que sucede fuera de los yacimientos, *off-site* o *nonsite* en la terminología anglosajona (Foley, 1981; Gallant, 1986; Dunne y Dancey, 1983), y por más que nuestra experiencia nos diga que esa parte puede ser representativa del total, no hay datos objetivos para demostrarlo. Pero además de carecer de una cobertura total del territorio, lo que sabemos de la inmensa mayoría de las estaciones parte de una única visita, con lo que muchas de ellas que ahora engrosan

¹ Este artículo fue redactado en el contexto de un proyecto de libro colectivo sobre la ocupación campaniforme del complejo arqueológico de La Calzadilla, entre Almenara de Adajas y Puras, en el sureste de la provincia de Valladolid, bien conocido en su ocupación tardorromana por la villa de Almenara-Puras, proyecto que finalmente no pudo salir adelante. El texto redactado para aquella ocasión mantiene, creemos, su vigencia porque no se han publicado nuevos trabajos de investigación sobre esta etapa y territorio más allá del que nosotros mismos abordamos para un ámbito territorial menor (Quintana y Estremera, 2011). Dado que en el proyecto inicial los datos concretos de la ocupación prehistórica de La Calzadilla iban a ser tratados por otros autores, los lectores apreciarán que no nos detenemos en ellos, que por lo demás pueden ser consultados en varias referencias bibliográficas (Delibes y Moure, 1979; Balado Pachón, 1989; Delibes y Guerra, 2004; Delibes y Guerra, 2005). Esta aclaración sobre el origen del texto justifica algunas de las cuestiones de contenido y estilo que el lector podrá advertir.

² Agradecemos a los arqueólogos territoriales de Valladolid y Segovia, José David Sacristán de Lama y Jorge Santiago Pardo, las facilidades prestadas para la consulta de los respectivos inventarios.

el cajón de los “prehistóricos indeterminados” en las fichas de catalogación por no haber proporcionado en esa ocasión elementos diagnósticos, no dudamos de que pueden variar su condición con la repetición de las inspecciones. Finalmente, como comentamos a continuación, el ámbito de trabajo engloba parte de dos provincias, esta de Valladolid y la vecina de Segovia, y los criterios de catalogación no son parejos³, lo que tiene su reflejo en el distinto modo de entender los yacimientos.

Pero antes de empezar conviene que establezcamos los límites espaciales del estudio, cuestión que siempre es más o menos arbitraria, pero que es necesario fijar de antemano. Hemos tomado como centro, lógicamente, el yacimiento que nos ocupa, trazando un radio de cinco kilómetros que abarca en parte o en su totalidad los términos vallisoletanos de Almenara, Puras, Fuente Olmedo, Bocigas y Ataquines, y los segovianos de Fuente de Santa Cruz, Montejo de Arévalo y parte del de Coca a la altura de Bernuy (Fig. 1). A nadie escapará que esa distancia coincide con el territorio de explotación de una comunidad productora en la más clásica interpretación de Higgs y Vita-Finzi (1972), modelo criticado por su visión economicista del vínculo hombre-medio al valorar únicamente la relación beneficio-distancia y el potencial económico del territorio al alcance de la comunidad (Fernández y Ruiz, 1984). Nosotros hemos considerado este radio en un sentido mucho más laxo, como el escenario donde de forma habitual tuvo que desarrollar la vida la comunidad campaniforme de La Calzadilla, escenario del que lógicamente escaparían posibles movimientos a larga o media distancia. En parte por esto último tampoco es un límite estricto y en más de una ocasión utilizamos referentes que quedan algo más lejos. Pese a todos los condicionantes ya señalados, con el estudio de los diversos yacimientos aquí ubicados trataremos de esbozar la evolución de la ocupación del espacio a largo de la Prehistoria reciente, cuáles pudieron ser los modelos de poblamiento en cada etapa y que

³ Esto se muestra de forma clara en el caso del municipio de Montejo de Arévalo, cuyo inventario deja mucho que desear. Por un lado, porque la práctica totalidad de los yacimientos están catalogados dentro del Bronce Medio, atribución no justificada a través de la descripción de los materiales, que en muchos casos conducen a otros momentos de la Prehistoria. Pero las deficiencias se extienden también a la propia definición espacial de los yacimientos. Así, dentro de la reducida área de este municipio incluida en nuestra zona de estudio hay nada menos que veinticinco enclaves prehistóricos catalogados, la mayor parte de mínima extensión, en torno a las 0,03 ha, lo que se explica por el hecho de que muchos se ubiquen en parcelas vecinas, a menos de un centenar de metros y con frecuencia separados por zonas de mala visibilidad, como sucede con los prados de los humedales. Por último, carecen incluso de un topónimo que los identifique. Por todo ello nos hemos decidido a reinterpretar los datos, agrupando los sitios que por su cercanía y las características ecológicas de su emplazamiento parecen focos de un mismo hábitat recurrente, deduciendo su cronología a partir de la propia descripción de los restos que aparece en las fichas y “bautizándolos” con el topónimo de los planos catastrales. En cualquier caso, creemos que urge una revisión en profundidad del inventario de este municipio, con nuevo trabajo de campo, pues en el estado actual es un instrumento de muy escasa utilidad tanto desde el punto de vista científico como administrativo.

Tabla I. Yacimientos incluidos en el estudio

| Yacimiento | Municip. | Coord. | Ha. | Atribución cultural | Tipología | Descripción |
|------------------------------|-------------------|-------------------------|-------|--|--|---|
| La Calzadilla | Puras | 41°11'48'' 4°40'4'' | 61 | Neolítico Campaniforme Bronce Final Hierro I Rom. Altoimperial Tardorromano | Lugar de habitación: indeterminado. Asentamiento rural/villae | Llano/laguna. Cultivos herbáceos, erial. |
| Prado de la Vega-El Caballo | Puras | 41°11'20'' 4°39'42'' | 80,52 | Preh. indeterminado Bronce Final Tardorromano ¿Visigodo? Plenomedieval | Lugar de habitación: indeterminado. Santuario, ermita. | Llano-Laguna. Loma/colina. Cultivos herbáceos, erial, prados-pastizales |
| Coto de Santa María | Puras | 41°11'16'' 4°40'52'' | 19,74 | Preh. indeterminado ¿Rom. Altoimperial? ¿Tardorromano? Plenomedieval | Lugar de habitación: indeterminado. Poblado/ Ciudad | Llano. Cultivos herbáceos, monte alto, prados-pastizales, erial. |
| La Olmedilla | Almenara de Adaja | 41°11'25'' 4°42'9'' | 31,30 | Preh. indeterminado Hierro I ¿Visigodo? Plenomedieval Bajomedieval Moderno | Lugar de habitación: indeterminado. Poblado/ Ciudad. | Terraza, llano. Erial y monte alto. |
| Almenara de Adaja-El Palacio | Almenara de Adaja | 41°12'55'' 4°40'28'' | 31,32 | Preh. indeterminado Campaniforme ¿Visigodo? Plenomedieval Bajomedieval Moderno Contemporáneo | Lugar de habitación: indeterminado. Poblado/ Ciudad. Necrópolis. | Llano. Casco urbano, cultivos herbáceos, monte alto. |
| Tocaneграда | Almenara de Adaja | 41°11'30'' 4°41'5'' | 9,89 | Neolítico Bronce Final | Lugar de habitación: indeterminado | Llano. Cultivos herbáceos, monte alto. |

| | | | | | | |
|---------------------------|----------------------|-------------------------|-------|--|--|--|
| Fuente La Reina-La Olma | Fuente Olmedo | 41°15'22'' 4°39'14'' | 48,50 | Campaniforme Bronce Final Hierro I Tardorromano | Lugar de habitación: indeterminado. Yacimiento sin diferenciar | Loma/Cima. Cultivos herbáceos. |
| Perro Alto I | Fuente Olmedo | 41°14'33'' 4°38'23'' | - | Campaniforme | Lugar funerario: tumba simple. | Loma/Cima Cultivos herbáceos. |
| Perro Alto II | Fuente Olmedo | 41°14'33'' 4°38'8'' | 1,08 | Preh. indeterminado | Yacimiento sin diferenciar. | Loma/Cima. Cultivos herbáceos. |
| Los Casares | Fuente Olmedo | 41°14'13'' 4°37'51'' | 13,50 | Hierro I | Lugar de habitación: indeterminado. | Loma/Ladera y cima. Cultivos herbáceos. |
| Las Corralizas-San Pelayo | Bocigas | 41°14'18'' 4°41'58'' | 99 | Preh. indeterminado Neolítico Hierro II Rom.Altoimperial Tardorromano | Yacimiento sin diferenciar. Lugar de habitación: indeterminado. Santuario, ermita. Necrópolis | Loma/colina. Llano, laguna. Cultivos herbáceos, monte alto y bajo, prados-pastizales. |
| El Hoyo | Bocigas | 41°40'13'' 4°14'45'' | 2,19 | Preh. indeterminado | Lugar de habitación: indeterminado | Loma/colina. Cultivos herbáceos. |
| La Carrascosa (H.A.) | Ataqui-nes | 41°11'25'' 4°42'37'' | - | Preh. indeterminado | - | Llano. Monte alto. |
| Cuesta de la Mora | Fuente de Santa Cruz | 41°12'18'' 4°36'9'' | 0,35 | Calcolítico Campaniforme | Yacimiento sin diferenciar | Loma/cima. Cultivos herbáceos. |
| La Vaca | Fuente de Santa Cruz | 41°13'21'' 4°37'48'' | 3,94 | Campaniforme ¿Hierro I? | Yacimiento sin diferenciar | Loma/ Pie. Cultivos herbáceos. |
| Fuente Vicente | Fuente de Santa Cruz | 41°13'48'' 4°37'50'' | 1,60 | Preh. Indeterminado | Yacimiento sin diferenciar | Loma/cima. Cultivos herbáceos. |
| El Palomar | Fuente de Santa Cruz | 41°13'8'' 4°37'44'' | 3,00 | Preh. Indeterminado | Yacimiento sin diferenciar | Loma/ladera. Herbáceas y erial. |
| El Moro | Fuente de Santa Cruz | 41°12'52'' 4°37'7'' | 0,60 | Preh. Indeterminado | Yacimiento sin diferenciar | Loma/cima. Cultivos herbáceos. |

| | | | | | | |
|------------------------|--------------------|-----------------------|-------|--|---|--|
| Alto de la Copera | Montejo de Arévalo | 41°09'18" 4°40'48" | 13,54 | Preh. Indeterminado Tardorromano Visigodo | Yacimiento sin diferenciar | Loma/cima. Cultivos herbáceos. |
| Los Bodones | Montejo de Arévalo | 41°08'8" 4°40'52" | 0,30 | Bronce Final Hierro I | Lugar de habitación: indeterminado | Loma/cima. Herbáceas y pastizales |
| Fuente Tárraga | Montejo de Arévalo | 41°08'8" 4°41'23" | 0,15 | Preh. Indeterminado ¿Hierro I? | Lugar de habitación: indeterminado | Llano. Herbáceas y pastizales. |
| Madrigalejo | Montejo de Arévalo | 41°10'46" 4°40'20" | 2,8 | Preh. Indeterminado ¿Bajomedieval? ¿Moderno? | Lugar de habitación: poblado/ ciudad. | Llano. Cultivos herbáceos |
| Alto del Corregidor | Montejo de Arévalo | 41°10'32" 4°39'39" | 2,44 | Preh. indeterminado | Lugar de habitación: indeterminado | Llano. Herbáceas y pastizales. |
| Mingotello | Montejo de Arévalo | 41°09'57" 4°40'55" | 0,05 | Preh. indeterminado ¿Altoimperial? ¿Tardorromano? | Yacimiento sin diferenciar/ villae | Loma/ladera. Prados, herbáceas y monte alto. |
| Los Tableros (H.A.) | Montejo de Arévalo | 41°09'58" 4°41'42" | - | Preh. indeterminado | - | - |
| Cañada de Puente Runel | Montejo de Arévalo | 41°8'54" 4°41'33" | 0,03 | ¿Calcolítico? | Lugar de habitación: indeterminado | Terraza. Herbáceas, monte alto y erial. |
| Gallocanta | Montejo de Arévalo | 41°10'29" 4°41'43" | 0,01 | Preh. indeterminado | Lugar de habitación: indeterminado | Terraza. Herbáceas y monte alto |
| La Ponvieja | Montejo de Arévalo | 41°9'15" 4°41'21" | 0,06 | Preh. indeterminado | Lugar de habitación: indeterminado | Terraza. Herbáceas y pastizales. |
| Trasnutas | Montejo de Arévalo | 41°7'48" 4°39'45" | 2,75 | Calcolítico ¿Bajomedieval? | Lugar de habitación: indeterminado | Loma/cima. Herbáceas y pastizales. |
| El Beneficio | Montejo de Arévalo | 41°10'43" 4°40'39" | 0,02 | Bronce Medio Bronce Final ¿Hierro I? | Lugar de habitación: poblado/ ciudad | Loma/cima. Herbáceas y monte alto. |
| El Beneficio II | Montejo de Arévalo | 41°10'29" 4°40'43" | 0,03 | Preh. indeterminado | Lugar de habitación: indeterminado | Llano. Herbáceas, pastizales y monte alto |

| | | | | | | |
|---------------|--------------------|------------------------|------|--|---------------------------------------|---|
| Los Vinateros | Montejo de Arévalo | 41°10'5'' 4°41'7'' | 0,03 | Preh. indeterminado | Lugar de habitación: indeterminado | Llano. Herbáceas, pastizales y monte alto. |
| Carracaballo | Montejo de Arévalo | 41°8'37'' 4°40'20'' | 0,06 | ¿Calcolítico? | Lugar de habitación: indeterminado | Loma/cima. Herbáceas y pastizales. |
| Blasco Nuño | Montejo de Arévalo | 41°9'35'' 4°41'8'' | 0,15 | Preh. indeterminado ¿Altomedieval? ¿Bajomedieval? | Lugar de habitación: indeterminado | Loma/ladera. Herbáceas y monte alto. |

factores parecen funcionar como catalizadores a la hora de elegir los emplazamientos. Terminamos comentando los aspectos más destacados de esta visión diacrónica, deteniéndonos en aquellas etapas en las que este paisaje parece haber tenido un especial atractivo, como sucede durante el Neolítico, el Bronce Final y su transición al Hierro I o la propia etapa campaniforme, pero también en aquellas donde su papel es más marginal, por ejemplo el Neolítico Final, el Calcolítico precampaniforme o los momentos más antiguos de la Edad del Bronce.

1. El paisaje de arenas y bodones de las campiñas meridionales

Situarnos en la actualidad en estas tierras limítrofes entre Valladolid y Segovia es hacerlo en uno de los espacios peninsulares más profundamente marcados por la agricultura, pues pocos territorios hay donde el porcentaje de suelos arados ronde el ochenta por ciento (MAPA, 1986: 46). Una consecuencia directa de esta situación es que la distorsión provocada por las zonas opacas a las labores de prospección –bosques, infraestructuras y zonas urbanas- alcanza escasa representatividad, o lo que es lo mismo, que contamos con excelentes posibilidades para asomarnos al registro prehistórico, si bien habrá que reconocer que esa ventana se ha abierto merced a la destrucción de las estructuras y niveles arqueológicos provocada por los arados, cuya acción sigue una línea creciente desde la mecanización. Estas remociones periódicas causan alteraciones bien conocidas por quienes se han dedicado a estudiar la “arqueología de los suelos arados” mediante experimentos de campo, como pueden ser los desplazamientos verticales y horizontales de los artefactos, la fragmentación de éstos, la distorsión provocada por las recogidas selectivas realizadas por los aficionados o las contaminaciones y mezclas de restos generadas por los movimientos de tierras y el abonado con residuos domésticos (Boismier, 1991: 17-19; Clark y Schofield, 1991; Haselgrove, 1985: 14). La otra cara de la moneda de este dominio de los

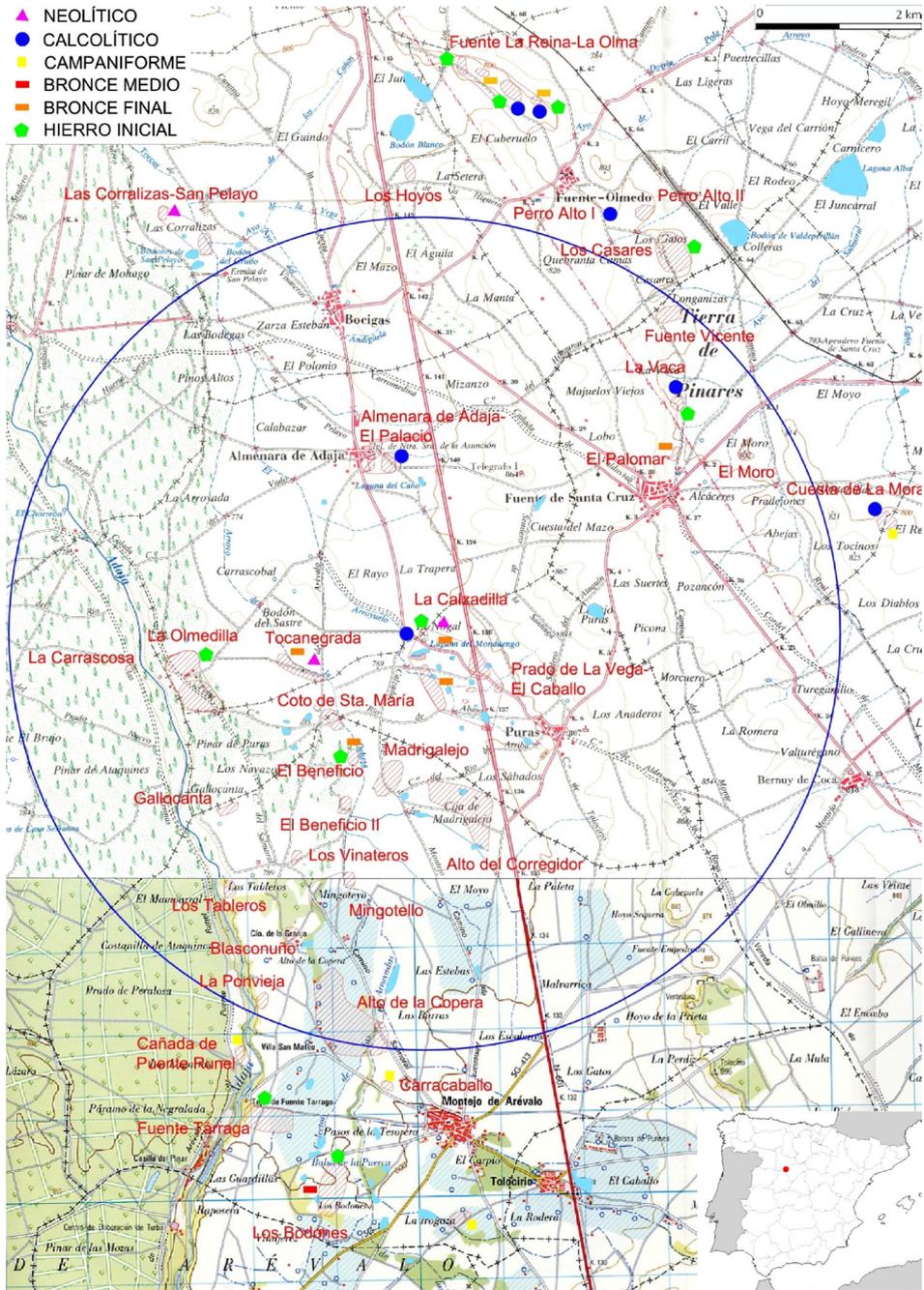


Fig. 1. Localización de la zona de estudio y de los yacimientos prehistóricos en torno a La Calzadilla y situación de los bodones. Mapa Topográfico Nacional, escala 1: 50.000, hojas 428 (Olmedo) y 455 (Arévalo).

suelos arados es que la imagen actual está muy alejada de su potencial ecológico, en un proceso que hunde sus raíces en la presencia de las primeras comunidades agrícolas y ganaderas, pues como afirma el profesor Calonge, la llamada estepa castellana es “un paradigma de la sobreexplotación humana del medio físico en áreas con potencialidad natural para albergar vegetación forestal” (Calonge Cano, 1995: 42), por lo que acercarse al paisaje pretérito no resulta tarea sencilla y más si no se cuenta con análisis paleoambientales a lo largo de toda la secuencia.

Desde un punto de vista físico nuestra zona de estudio se encuentra en el corazón de las llamadas campiñas meridionales del Duero, extensa planicie que se extiende entre el complejo de terrazas del Duero, por el norte, y las comarcas de transición con el piedemonte de la Cordillera Central. Este pando relieve apenas está animado por algunos cerros testigos desgajados de los páramos en las zonas de contacto y por los encajados valles por donde discurren los ríos que provienen del sur al encuentro del padre Duero, como el Cega, el Eresma o su tributario el Adaja, estos dos últimos protagonistas en nuestra zona, en general cursos de segundo orden, de régimen nivopluvial y fuertes estiajes, y por los humedales de mayor o menor rango que salpican los mal avenados interfluvios, consecuencia directa del carácter relativamente reciente de la red fluvial y su aún imperfecta adaptación a la configuración geomorfológica heredada (Calonge Cano, 1995a: 36-38).

La tradición ha bautizado con apelativos diferentes dos sectores de esta campiña que confluyen en esta zona, y no lo ha hecho gratuitamente o sobre la base exclusivamente de factores históricos, pues atendiendo a la litología es fácil comprobar que efectivamente en este ángulo sureste de la provincia de Valladolid estamos en la zona de contacto entre dos realidades ligeramente diferenciadas. Al oeste la Tierra de Medina, de suelos arcillo-limosos, de textura fina y ph neutro, que tienen buenas aptitudes para la agricultura cerealista de secano y para el pino piñonero y las encinas. Al este encontramos la Tierra de Pinares, caracterizada por suelos arenosos sialíticos poco evolucionados, de ph ácido y tan permeables y lavados que apenas retienen el nitrógeno, por lo que sólo son aptos para el centeno, pastos mediocres y bosques de pinos, encinas y juníperos. Otros enclaves de esta última comarca ofrecen zonas dunares de escasa movilidad, pero que al no retener las partículas de arcilla dan lugar a suelos sialíticos puros, de muy malas condiciones agroforestales. En ambas comarcas y por las razones ya expuestas existen zonas deprimidas que concentran humedales de mayor o menor extensión –lavajos, bodones y lagunas- que dan lugar a suelos mucho más favorables, algo extensible a las estrechas llanuras aluviales de los encajados cauces que cruzan la comarca, planosoles de perfiles desarrollados, muy humíferos, con buenas condiciones actuales para el cultivo del centeno, las especies de raíz y los prados naturales, estos últimos con capacidad para una carga ganadera actual de 2-3

cabezas de ganado menor por hectárea y año y que en la práctica tradicional son pastoreadas y en alguna ocasión segadas para henificar. Algunas de esas zonas húmedas se desecan en verano, a lo que en no poca medida contribuye la acción humana por los numerosos pozos de regadío que han provocado el descenso del nivel freático, precipitando sales de sodio que dan lugar a rodales, conocidos localmente como salgueros, que solo permiten pastos pobres (ibidem: 40-41; Castedo Urbarri, 1989: 38).

Esa mayor capacidad agraria de la Tierra de Medina respecto a la comarca de Pinares debe ser matizada si proyectamos los datos actuales al pasado, pues tienen que conjugarse con la tecnología disponible en cada momento, y aquí encontramos un importante pero, y es que como nos recuerda el profesor Calonge, el mismo componente en arcilla que les proporciona ventajas de cara a su fertilidad, convierte esos suelos en tenaces, inadecuados para el cultivo en los años más secos por las grietas y retracciones, y requieren además de importantes fuerzas de tracción para su laboreo (Calonge Cano, 1995a: 41). Esto es un serio condicionante para aquellas comunidades históricas con métodos de laboreo que no incluyen los arados pesados, es decir, para la práctica totalidad de la Prehistoria reciente, pues aunque en Europa está constatada la existencia de arados de madera desde el final del Neolítico y desde luego en el tercer milenio (Ruiz-Gálvez Priego, 1998: 134-135), estos rudimentarios útiles difícilmente serían capaces de obtener rendimientos de forma continuada de los suelos más pesados.

Ya advertimos que son pocos los instrumentos a nuestro alcance para dibujar el modo en el que este territorio fue cambiando su paisaje a lo largo de toda la Prehistoria reciente y, además, los datos son desiguales para cada etapa. Así, gracias al estudio conjunto realizado por la Universidad de Valladolid contamos con una buena aproximación al paleoambiente del primer milenio antes de nuestra era (Delibes *et alii*, 1995), pero dado que nuestro análisis se cierra en el paso del Bronce Final al Hierro, de esos datos sólo nos interesan los más antiguos. Para el resto de los periodos tan sólo podemos hacer aproximaciones utilizando datos generales a nivel de la Península o del continente (Ruiz Gálvez Priego, 1998: 121-125, 192-195), por ello nos hemos decidido a aprovechar un estudio realizado recientemente para la vecina provincia de Ávila conjugando datos botánicos, paleoambientales y arqueológicos (López y Blanco, 2003). Estos últimos autores, a partir de los análisis polínicos de los yacimientos abulenses y de turberas naturales, destacan que el Subboreal, cuyo inicio coincide cronológicamente con el Calcolítico, se caracteriza por ser una fase seca y térmica, condiciones que no hacen sino acrecentarse a lo largo del tiempo, con especial intensidad entre el 1200 a. C. y el final de ese periodo climático y su paso al Subatlántico actual, que se sitúa entre los años 850-760 de la cronología calibrada. Este progresivo incremento de la aridez y la temperatura provocan el descenso del nivel freático,

la expansión de los pastos xerófilos y la reducción tanto de las plantas con mayor necesidad hídrica como de los bosques de ribera. En el periodo Subatlántico, por el contrario, aumentan las precipitaciones al tiempo que desciende la temperatura media, lo que conlleva el retroceso del pinar, del encinar, del acebuche y de los pastos xerófilos, que ceden su sitio al bosque caducifolio de melojo y de ribera, al tiempo que el ascenso del nivel hídrico convirtió en pantanosas y, por tanto, no aprovechables para la explotación humana, el entorno de los humedales y de las zonas más bajas junto a los cauces (López y Blanco, 2003).

En la provincia de Valladolid los análisis paleoambientales de los yacimientos de la Edad del Hierro también concluyen en señalar este aumento hídrico, que conlleva un parejo incremento del nivel de base de la red fluvial, hasta afirmarse que circuló entre cinco y diez metros por encima del nivel de aguas normales actual, lo que implica que el avenamiento de los interfluvios era menos eficaz que el presente y que los humedales y las riberas, y con ellos la vegetación hidrófila, tanto arbórea con herbácea, habían ganado terreno a costa del entorno. Otra consecuencia de este nuevo clima es que las zonas más bajas próximas a los cauces estaban más expuestas a las avenidas del irregular régimen nivopluvial, lo que las hacía inadecuadas para su ocupación permanente, pero favorecía la expansión de las áreas praderizas con su consecuente ventaja para la explotación ganadera (Calonge Cano, 1995b, Delibes *et alii*, 1995: 564-582). No obstante, hay que tener en cuenta que ninguno de los grandes periodos climáticos distinguidos en la historia de la Tierra se caracteriza precisamente por su estabilidad, de hecho su incidencia entre unas y otras regiones pudo ser opuesta en función de la circulación general de las masas de aire o de factores orográficos locales (Ruiz-Gálvez Priego, 1998: 121-125), prueba de lo cual es que en el presente periodo Subatlántico se distinguen distintos momentos, como el óptimo climático de los siglos XI al XV o la pequeña edad glacial desde la segunda mitad del siglo XVI y hasta mediados del XIX (Calonge Cano, 1995b: 530), y lo mismo debió acontecer durante el Subboreal.

La unidad climática básica de la Meseta Norte, en particular de las zonas llanas, como lo son las analizadas en el estudio abulense, y la coincidencia de resultados en lo que se refiere a las etapas iniciales de la fase Subatlántica, el único común a ese trabajo y al vallisoletano, autoriza que a falta de análisis particulares proyectemos esa evolución general del paisaje al nuestro, y también su implicación en los modelos de poblamiento.

2. Los yacimientos y la secuencia arqueológica

Si hemos caracterizado nuestro ámbito de estudio como un paisaje llano sin apenas más accidentes que la incisión de los cauces de los ríos de orden secundario,

pero con un notable protagonismo de los pequeños humedales esteparios, con la aplicación del modelo de dependencia hídrica deberíamos encontrar que es en torno a esas láminas de agua donde se concentran los yacimientos prehistóricos, y de la simple contemplación del mapa de distribución de los asentamientos debemos concluir que efectivamente el modelo funciona (Fig. 1). Es más, si por algo destaca esta zona es precisamente por la especial intensidad con la que se plasma la dependencia de los yacimientos con las lagunas y lavajos, una relación ya advertida por otros autores para la Prehistoria reciente, pero que va más allá de estos tiempos, pues otro rasgo común es que muchos de los enclaves, como sucede con este de La Calzadilla, serán reocupados en época romana y visigoda, e incluso explica la ubicación de bastantes de los pueblos actuales (Martín y Delibes, 1989: 9-13; Balado Pachón, 1989: 15-17, 93-95).

A diferencia del algo más animado paisaje del abulense Valle Amblés, donde los recursos serranos pueden complementar los obtenidos de las zonas bajas y húmedas, aquí, en el mismo centro de las campiñas arenosas del sur del Duero, las especiales condiciones que se reúnen en torno a los humedales proporcionan los únicos recursos básicos para el mantenimiento de una comunidad humana con bases tecnológicas limitadas. En estos “oasis” que de modo natural se despejarían, por su sobreabundancia de agua y sales, en los bosques dominantes, hallarían pastos donde apacentar el ganado, sales minerales, suelos fáciles de trabajar y con un contenido en humus mucho mayor que el del entorno, caza y, por supuesto, agua. Es, pues, en torno a estos puntos, sea propiamente alrededor de los bodones aislados o en el dominio de aquellos que se muestran como ensanchamiento de los divagantes arroyos que atraviesan la zona, donde vamos a encontrar todos los yacimientos arqueológicos dentro del área de estudio. Lo normal es que se escojan pequeñas lomas, meras ondulaciones del terreno que delimitan las zonas deprimidas donde se localiza el agua, en cuya elección no pesa ninguna preocupación defensiva, ni tan siquiera de dominio visual de la campiña, pues es bastante corriente que se desestimen las culminaciones de esas ondulaciones para asentarse en las muy tendidas laderas que miran hacia el único punto de interés, el humedal. Así sucede con todos los focos con material prehistórico localizados en yacimientos tan emblemáticos como este de La Calzadilla y su continuación hacia el sur en el de Prado de La Vega-El Caballo (Figs. 2 y 3), o con los de Las Corralizas-San Pelayo y Alto de La Copera, por ejemplo, o incluso con los de La Olmedilla y Fuente Tárraga, pues aunque en este caso se complemente la explotación de los pequeños lavajos con el fondo de valle del río Adaja, el emplazamiento manifiesta esa misma despreocupación estratégica.

Precisamente el hecho de que el curso del único río que cruza este sector de la campiña no sea el principal foco de atracción para la ocupación prehistórica es el mejor ejemplo de que en realidad lo que se busca no es el agua por el agua,

Ocupación prehistórica: zonas de alta () y media () densidad de hallazgos y dispersión de hallazgos sueltos (●) en relación al área arqueológica. (Obsérvese que el foco A y parte del B y del C está dentro de la Zona Arqueológica declarada Bien de Interés Cultural de la villa de Almenara-Puras -La Calzadilla-).



Fig. 2. Distribución de los núcleos de ocupación prehistórica del yacimiento de Prado de la Vega-El Caballo, en Puras, sobre el plano parcelario a escala 1:10.000 (plano de la ficha de inventario de 1997 redactada por C. Domínguez y J. Quintana).

sino aquellos lugares donde la abundancia de este recurso es capaz de crear suelos humíferos aptos para el pastizal y el cultivo, cosa que no sucede con el cauce del río, que discurre encajado una veintena de metros desde el nivel de la campiña dentro de una estrecha trinchera donde, salvo en puntos concretos, no hay sitio ni para una mínima llanura aluvial. El río pudo cumplir la misión de aprovisionamiento

de agua en periodos de carestía, pues ninguno de los asentamientos se encuentra lejos, pero desde luego no desempeña un papel protagonista.

Una ligera variante del modelo lo encontramos en la zona oriental, pues aquí en dirección noroeste-sureste se dispone la divisoria de aguas entre los ríos Adaja y Eresma, un sector de terraza muy degradado y festoneado por la erosión que se presenta una treintena de metros elevado respecto al resto de la campiña. Este relieve llano y dominante ha sido aprovechado también por las comunidades prehistóricas, pero siempre se eligen las posiciones más cercanas y dependientes de las zonas lacustres que se crean a sus pies o de las fuentes donde nacen los arroyuelos que drenan en ellos, como ejemplifican los casos de Fuente La Reina-La Olma, sobre los bodones Juncial y Blanco, de Perro Alto II, Los Casares y Fuente Vicente, controlando el bodón de Valdeperillán y la Laguna Alba, o los bodones del cauce del arroyo del Caño y sus afluentes en el caso de los yacimientos de La Vaca, El Moro o Cuesta de La Mora. Este factor parece primar siempre sobre otros de tipo estratégico o jerárquico, pues aunque en algunas ocasiones se utilicen cerros relativamente aislados (El Moro), o festones de la terraza delimitados por pequeñas vaguadas (Los Casares o Fuente Vicente), la ausencia de cualquier obra defensiva y el fácil acceso a esos lugares desde la llanura de la terraza o desde sus tendidas laderas parece descartar cualquier interés poliorcético, y tampoco vemos que estos yacimientos manifiesten más complejidad o tengan un tamaño mayor que los ubicados en la zona más baja. En realidad, con respecto a estos últimos, la única ventaja de que pueden gozar es que desde esta posición elevada evitan posibles problemas derivados de periodos especialmente húmedos, bien sean estos estacionales en una zona como la Meseta caracterizada por su régimen de lluvias concentradas en las estaciones equinocciales, o bien de puntuales periodos dentro de la sequedad habitual del Subboreal.

Uno de los rasgos peculiares de las imágenes superficiales que ofrecen estos yacimientos es que a los ojos del prospector se presentan como un continuo de restos cerámicos y en menor medida líticos, con algunos focos de mayor densidad de hallazgos unidos por una dispersión general de evidencias, y donde suelen aparecer elementos diagnósticos de diversas culturas arqueológicas. Se definen así yacimientos de gran tamaño, por norma de más de veinte hectáreas, pero en algún caso rondando el centenar, como sucede con Las Corralizas-San Pelayo, donde la suma de los vestigios prehistóricos, en este caso los de menor extensión, junto con los romanos alcanzan una extensión de noventa y nueve hectáreas, con el exclusivamente prehistórico de Fuente La Reina-La Olma, con más de cuarenta y ocho hectáreas, o con el espectacular complejo de La Calzadilla y su continuación en el de Prado de La Vega-El Caballo, una vasta zona arqueológica de más de ciento cuarenta hectáreas con evidencias tan espectaculares como la conocida villa romana y con una secuencia prehistórica que abarca el Neolítico,



Fig. 3. Plano de usos actuales del suelo en el área arqueológica de Prado de la Vega-El Caballo, en Puras. Escala 1:10.000 (plano de la ficha de inventario de 1997 redactada por C. Domínguez y J. Quintana).

el Campaniforme, el Bronce Final y los momentos de transición al Hierro I. Pero la constatación de que estos yacimientos son un magnífico ejemplo de lugares de habitación recurrentes (Foley, 1981: 158-161; Dewar y McBride, 1992: 227-255), concepto que no está lejos del de “áreas de acumulación” que Méndez Fernández (1994) definiera en torno a los humedales durante la Edad del Bronce gallega, supone un serio problema a la hora de intentar aproximarnos a las dimensiones de cada una de las ocupaciones prehistóricas detectadas o a su funcionalidad.

Además, a falta de un control exhaustivo y regular tampoco nos sirve de mucho fijarnos en aquellas estaciones que sólo han ofrecido restos de una ocupación, caso del Hierro I de Los Casares o La Olmedilla, o del Neolítico de Las Corralizas-San Pelayo, pues no estamos en condiciones de asegurar ni su exclusiva adscripción a esos periodos ni la estabilidad de las delimitaciones fijadas en su única prospección. Prueba de esto último es uno de los pocos revisados, el yacimiento de Tocanegrada de Almenara, que si en su inspección inicial sólo entregó restos de Cogotas I, en una segunda visita y dentro de la misma extensión superficial proporcionó evidencias claras de una ocupación precedente durante el Neolítico.

De esta manera, los únicos yacimientos que parecen ofrecer datos seguros sobre su ocupación y extensión son dos verdaderas excepciones. Uno es el bien conocido enterramiento campaniforme del pago de Perro Alto en Fuente Olmedo (Martín y Delibes, 1989), cuya fosa está en principio aislada de cualquier yacimiento de habitación, y decimos en principio pues no podemos dejar de señalar su cercanía con un modesto yacimiento catalogado como prehistórico indeterminado por no haber proporcionado más que un anodino y reducido conjunto de cerámica e industria lítica, el de Perro Alto II, a unos doscientos cincuenta metros de la tumba. El otro es el de Cuesta de La Mora en Fuente de Santa Cruz, en este caso por ceñirse estrictamente a un cerro de suaves pendientes y porque su atribución al Calcolítico y al Campaniforme parece bastante clara merced al expresivo conjunto de materiales que ha proporcionado (Martín y Delibes, 1989: 68).

Aun cuando acabamos de decir que en esta campiña arenosa, dentro de estos puntos de habitación recurrente que constituyen los entornos de los lavajos, está representada casi toda la secuencia de la Prehistoria reciente, también hemos de reconocer que existen horizontes mejor representados que otros, circunstancia que no sabemos si obedece a la realidad del registro arqueológico, al propio carácter selectivo de los trabajos de prospección realizados o, sencillamente, si se trata de un problema de “invisibilidad” de determinadas etapas, por ejemplo del Calcolítico y de las fases iniciales del Bronce. En ambos casos, sus barros lisos y en general poco expresivos, si no aparecen acompañados de útiles líticos más característicos, es fácil que queden catalogados en la nómina de prehistóricos indeterminados. Nuestro propósito al acercarnos a la historia de esta zona no es el de abordar en profundidad su secuencia prehistórica –estudio que requeriría de un espacio mucho más amplio del que ahora disponemos-, sino que desde una perspectiva más humilde pretendemos caracterizar los horizontes culturales que protagonizan la ocupación del territorio en el que se desarrolló la vida de los hombres y mujeres de La Calzadilla.

La secuencia de este paisaje campiñés arranca en el Neolítico, estadio cada vez mejor conocido en la Submeseta Norte, pese a que aún existan importantes

vacíos, sobre todo en las tierras del noroeste. No sucede así en Valladolid y Segovia, donde la primera etapa con economía productora cuenta con una nutrida nómina de yacimientos.

Hace algún tiempo iniciamos un estudio sobre el proceso de neolitización en la provincia vallisoletana a partir de los datos del inventario arqueológico. Lamentablemente este trabajo quedó inconcluso y de él rescataremos ahora algunos de los datos que afectan a nuestro territorio. A través del análisis de los emplazamientos de los yacimientos y de sus elementos de cultura material pudimos advertir cierta diacronía entre las ocupaciones neolíticas del sur y del norte de la provincia, lo que parece obedecer a un ritmo desigual en la llegada de las innovaciones de este horizonte a uno y otro lado del Duero. Así, de la veintena larga de estaciones neolíticas identificadas hasta la fecha en el solar vallisoletano, la mayoría se localiza en las campiñas meridionales o en la línea del Duero, mientras que sólo siete ocupan la comarca de Tierra de Campos y de éstas dos se corresponden con túmulos. De este modo, podríamos hablar de dos tradiciones neolíticas: la de las cerámicas decoradas en el más puro estilo del primer Neolítico Interior, que se concentra principalmente en el mediodía y oriente provincial y que alcanza incluso el valle del Esgueva; y la de los yacimientos de tradición megalítica, caracterizados por los barro lisos, que se dan cita en el noroeste del territorio provincial y que apuntan a un momento avanzado dentro de la secuencia neolítica de la cuenca sedimentaria. Tal vez el exponente más claro de este grupo de yacimientos sea el de sobra conocido sepulcro colectivo de El Miradero, en Villanueva de los Caballeros.

Volviendo a nuestra zona de estudio, en torno a La Calzadilla encontramos un significativo número de enclaves correspondientes a este neolítico de las cerámicas decoradas caracterizado por recipientes cerrados de perfil hemisférico y fondo convexo, cuencos en forma de casquete de esfera, botellas, abundantes asideros sobre las paredes de los vasos y, por supuesto, ornamentación acanalada e inciso-impresa, rasgo identificador de la primera alcallería meseteña (Estremera Portela, 2003). Piezas de este tipo encontramos en La Calzadilla, que cuenta con unos pocos tiestos con decoración de bandas acanaladas, en algún ejemplar combinadas con impresiones, procedentes de los trabajos de excavación realizados en 1979 y 1982 y que ofrecen una más que probable filiación neolítica (Balado Pachón, 1989: fig. 4, nº 43; fig. 5, nº 180 y 193 y fig. 6, nº 305). En esta zona cercana al Adaja, también en el municipio de Almenara, se localiza el yacimiento de Tocanegrada, catalogado en principio como Cogotas I, pero que en una nueva inspección brindó un pequeño pero significativo lote de cerámicas modeladas a mano con orejetas y decoración de acanalados, mientras que de Las Corralizas-San Pelayo, en la vecina localidad de Bocigas, procede una botellita lisa. Un poco más alejados, pero también dentro de este espacio de las campiñas

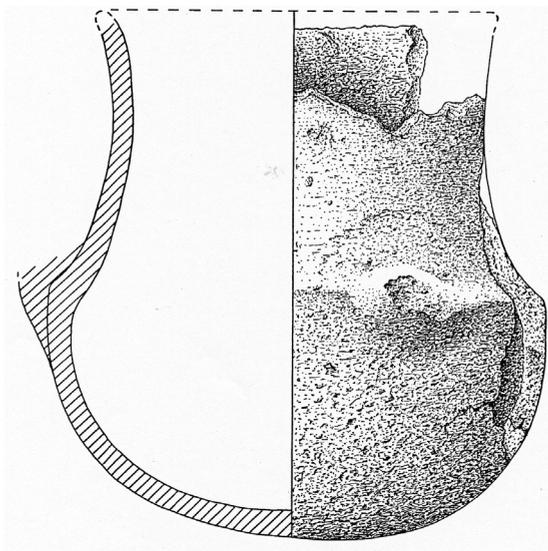
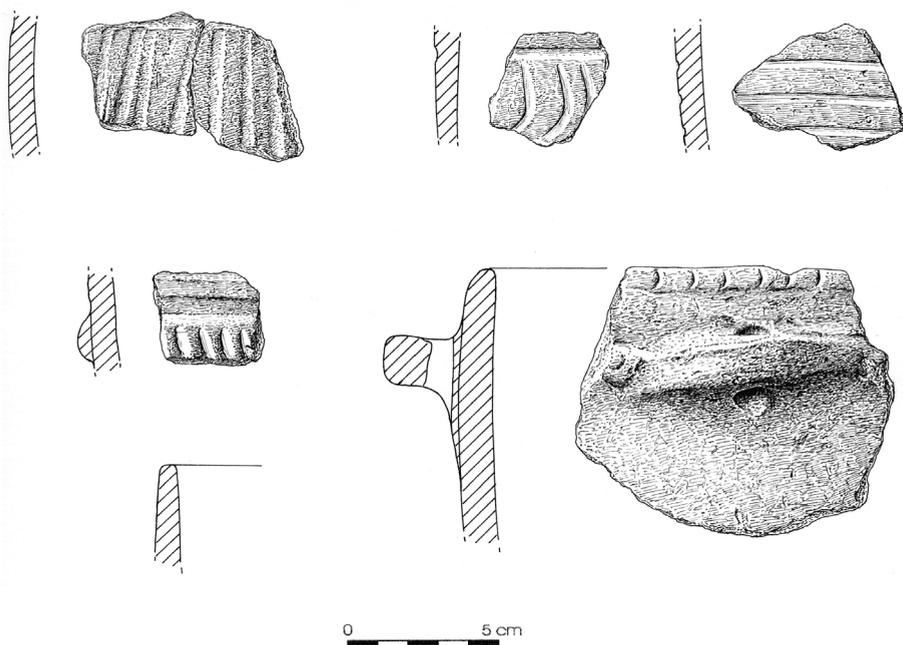


Fig. 4. Cerámicas neolíticas del yacimiento de Tocanegrada, en Almenara y botellita procedente de Las Corralizas-San Pelayo, en Bocigas (dibujos de A. Rodríguez).

arenosas, encontramos los yacimientos de El Torrejón-El Cubillo, en Salvador de Zapardiel, o La Cañada, en Pedrajas de San Esteban, este último con una expresiva muestra de vasos decorados (Iglesias *et alii*, 1996: fig. 2).

En este entorno, como ya hemos comentado, los yacimientos citados eligen las suaves ondulaciones del terreno que delimitan las zonas bajas donde se localizan los puntos de agua. Este tipo de suelos arenosos por su fácil laboreo resultarían los más adecuados para una tecnología agraria tan rudimentaria y experimental como la de estos momentos inaugurales de la vida campesina. Los pastos del entorno de los lavajos y la disponibilidad de buenos puestos de caza, actividad que en estos momentos tiene aún un importante peso específico en la subsistencia diaria de estos grupos, constituirían factores determinantes en la elección de estos enclaves.

Por lo tanto, esa diacronía advertida entre las estaciones neolíticas a un lado y otro del Duero podría explicarse como consecuencia de un ritmo desigual en el avance de la “frontera agrícola” debido a las propias condiciones del terreno. Suelos arenosos y sueltos en el sur, y arcillosos y pesados, aunque también más rentables desde una perspectiva agraria, en el norte. De este modo, quizás la llanura terracampina no vio llegar las novedades neolíticas hasta una fase avanzada, en un momento de cierta consolidación de las estrategias económicas productoras y también de mayor competencia territorial, de ahí la aparición de estructuras tumulares como la ya mencionada de El Miradero o la inédita de Vallejo, en la Unión de Campos, que sin embargo por el momento no se han documentado en las tierras del mediodía vallisoletano, siendo el de Los Zumacales, en Simancas, el más meridional.

Los grupos de la metalurgia del cobre tienen una presencia bastante discreta en estas campiñas, sobre todo por lo que se refiere a la provincia de Valladolid, ya que dentro del área de estudio que hemos definido para este trabajo no existe ningún enclave con esta cronología, aunque cerca contamos con el hallazgo aislado de Los Vagones, en Ataquines, que consiste en una punta de flecha foliácea, biapuntada y con retoque plano y un fragmento de otra armadura inacabada. En las vecinas tierras segovianas el panorama es algo más alentador, pues a pesar de la amplia nómina de yacimientos indeterminados, tras estudiar la descripción de las piezas rescatadas en algunos de estos sitios creemos que en el término de Montejo de Arévalo existen al menos tres lugares que acogieron, entre otras, una ocupación calcolítica. Las razones de esta atribución son, por un lado, la comparecencia en dos de ellos –Trasnutas y Los Vinateros- de tiestos cerámicos decorados con puntos impresos delimitados por una línea o un triángulo inciso y, por otro, la convivencia de estos fragmentos y otros lisos con numerosos útiles de industria lítica laminar, alguna punta de flecha con pedúnculo y aletas, un hacha pulimentada e incluso un candil de ciervo que ofrece huellas de trabajo.

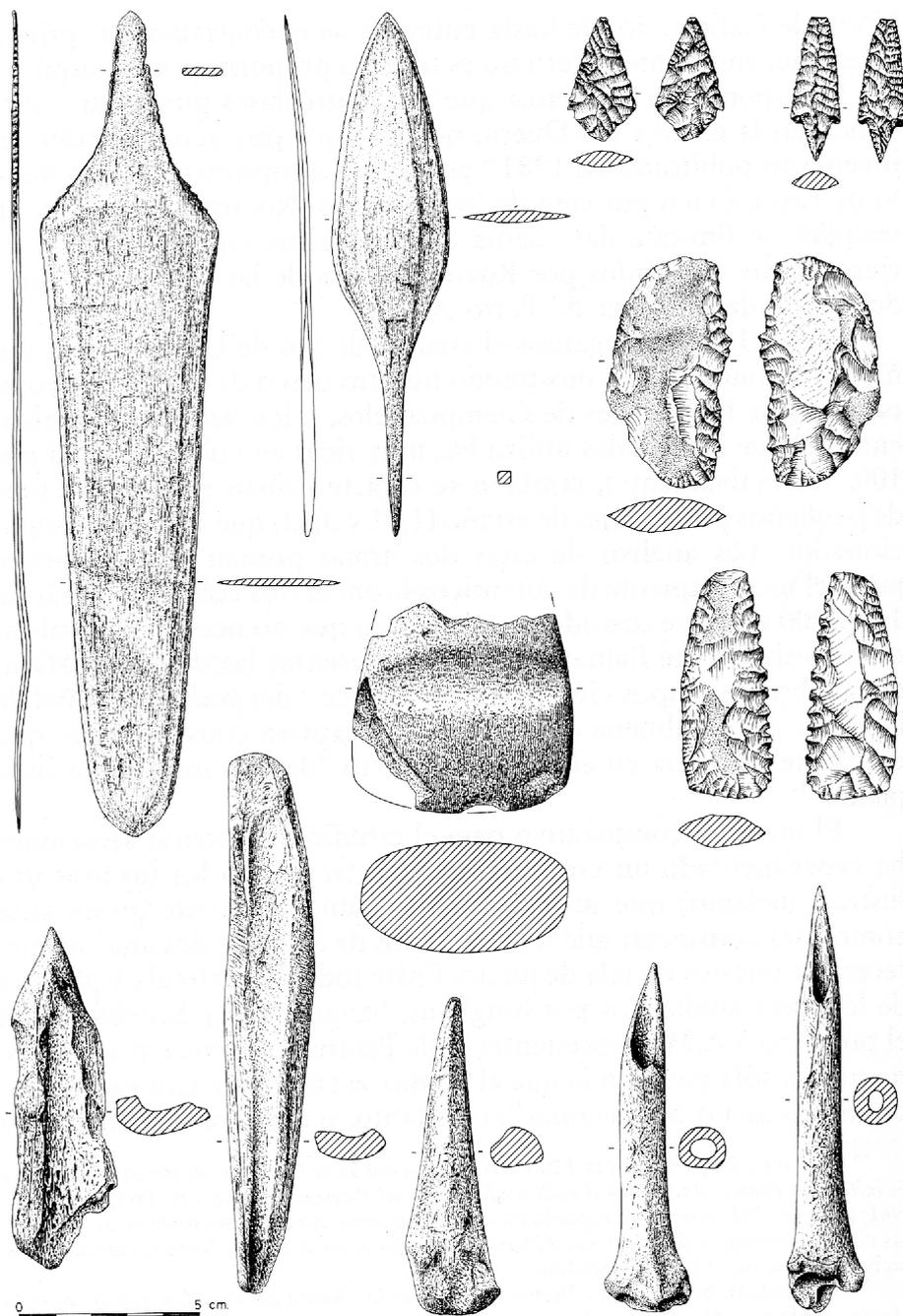


Fig. 5. Materiales recogidos en el yacimiento de Cuesta de la Mora, en Fuente de Santa Cruz (según Martín y Delibes, 1989).

Pero sin duda el enclave del Cobre más espectacular de esta zona, localizado ya en los límites de nuestro ámbito de análisis, es el bien conocido de Cuesta de la Mora, en el municipio de Fuente de Santa Cruz (Martín y Delibes, 1989). Se trata de un pequeño yacimiento (0,35 hectáreas) con ocupación calcolítica y campaniforme que, como dijimos, se sitúa en la cima de un cerrete amesetado en pleno paisaje campiñés. En las labores de prospección no se detectaron estructuras de ningún tipo, sin embargo cuenta con un excelente conjunto material fruto de recogidas superficiales. Entre las piezas recuperadas, además de dos ejemplares metálicos de atribución campaniforme que luego comentaremos, hay globos de lámpara y cuencos hemisféricos sin decoración, elementos de hoz sobre sílex, armaduras de flecha romboidales y pedunculadas con retoque plano cubriente y varios punzones de hueso. Se trata, por lo tanto, del ajuar característico de las primeras comunidades metalúrgicas del centro de la Cuenca del Duero como el que, con un carácter más modesto, podemos encontrar en otros enclaves vallisoletanos próximos como los de Prado Esteban y Cotarra de la Manteca, en Pedrajas de San Esteban, Cotarra de la Encina, en Megeces y Cuesta del Táñago, en Aguasal (Tardón Gutiérrez, 1995: 42-43). Lo cierto es que la relación de yacimientos calcolíticos en este territorio meridional es, en comparación con la posterior “explosión campaniforme”, algo escasa, lo cual creemos que puede deberse más que a un modelo distinto de poblamiento, a una cierta invisibilidad de los fósiles arqueológicos de este horizonte y, en particular, de su cerámica, sin duda el elemento más revelador en los trabajos de prospección. La alcaillería preferentemente lisa del Calcolítico de estas tierras quedaría en muchas ocasiones disimulada entre los materiales de unos yacimientos en los que, como tenemos ahora ocasión de comprobar, suelen convivir varias ocupaciones prehistóricas, de modo que en ausencia de perfiles claros como los característicos globos de lámpara, de algún raro fragmento decorado o de útiles líticos como puntas y piezas de hoz, estos sitios quedan habitualmente catalogados como indeterminados dentro de la secuencia de la Prehistoria reciente, de los cuales sólo en el entorno de La Calzadilla contamos con algo más de una veintena.

En estas llanuras meridionales salpicadas por arroyos y bodones, y en particular en los valles del Adaja y del Eresma, el fenómeno campaniforme adquiere una especial relevancia tanto por el número de estaciones que se concentran en este espacio campiñés, como por el significado y la calidad de muchos de estos hallazgos, algunos de ellos ya clásicos en la bibliografía prehistórica peninsular como los enterramientos de Pajares de Adaja, en Ávila, el de Samboal, en la provincia de Segovia y, por supuesto, el de Fuente Olmedo, en Valladolid (Martín y Delibes, 1989), que dista poco más de cinco kilómetros del área arqueológica de La Calzadilla. A pesar de ser un yacimiento sobradamente conocido, no está de más recordar que se trata de una inhumación individual practicada en una fosa

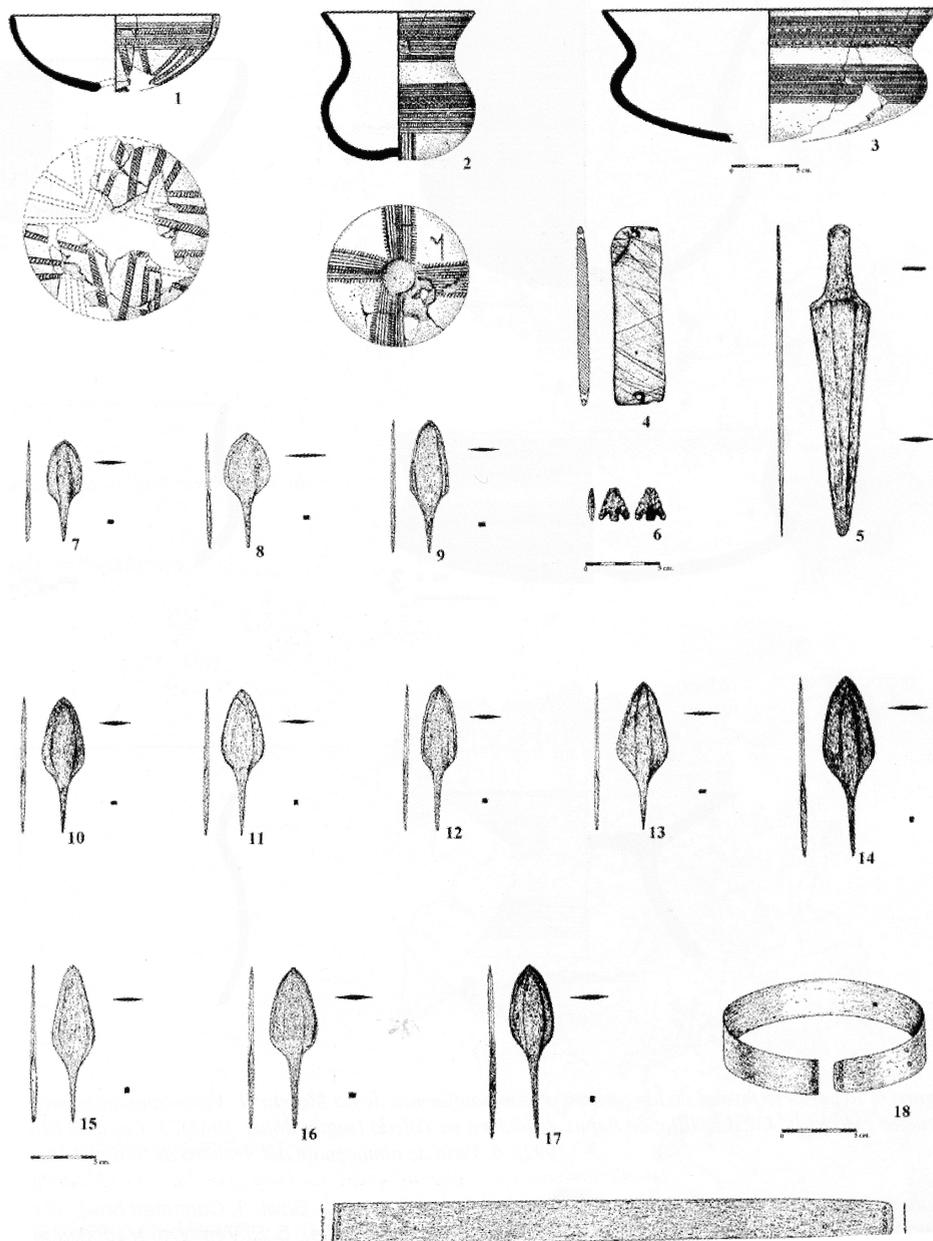


Fig. 6. Ajuar campaniforme de la tumba de Fuente Olmedo (según Martín y Delibes, 1989).

de planta ovalada que fue rellena con arena y cantos, los cuales definían un pequeño túmulo. La tumba fue descubierta en el transcurso del laboreo agrícola hace ahora algo más de treinta años en la cima de una suave loma. El ajuar que acompañaba al difunto se componía del característico equipamiento cerámico campaniforme, un puñal de lengüeta, once puntas Palmela, una armadura de flecha en sílex, un brazal de arquero y una cinta o diadema de oro, sin duda valiosos objetos en sintonía con la relevancia social del personaje enterrado en el pago de Perro Alto.

Además del magnífico enterramiento de Fuente Olmedo y del recientemente excavado campo de hoyos de La Calzadilla, una de cuyas fosas brindó el singular hallazgo de un cuenco con decoración simbólica de ciervos que parece vinculado a ceremonias de libación celebradas por las elites campaniformes (Delibes y Guerra, 2004), en el área de estudio que hemos adoptado para nuestro análisis territorial encontramos algunos otros enclaves de este horizonte. Así, en el yacimiento de Fuente La Reina-La Olma, en el mismo municipio de Fuente Olmedo y a unos dos kilómetros al noroeste de la famosa tumba, se constata una ocupación Ciempozuelos dentro de una amplísima área arqueológica de casi cincuenta hectáreas que también fue habitada durante el Bronce Final y el Hierro I e incluso en el periodo tardorromano. En el propio término de Almenara, otro gran complejo, el de Almenara de Adaja-El Palacio, de algo más de treinta hectáreas, acoge en su dilatada trayectoria crono-cultural un asentamiento prehistórico definido por dos focos que entregan cerámica modelada a mano e industria lítica en sílex, hallándose en el mayor de ellos un fragmento bastante erosionado con decoración incisa tipo Ciempozuelos, otro con suave carena y algunas herramientas de piedra, entre ellas un posible perforador sobre lasca de cuarzo y el extremo proximal de un útil pulimentado. En la provincia de Segovia, en el municipio de Fuente de Santa Cruz se localizan otros dos importantes enclaves de este momento. Del de Cuesta de la Mora, al que ya nos hemos referido antes, proceden una Palmela y un puñal de lengüeta, mientras que en La Vaca se recuperó un solitario galbo con motivo de retícula incisa (Martín y Delibes, 1989: figs. 24-25). En este breve recorrido hemos podido comprobar que los vasos campaniformes de La Calzadilla no constituyen una rareza en este territorio, por cuanto existe un importante poblamiento que adopta sin reparos las novedades Ciempozuelos como manifestación de la emergencia de ciertos personajes o grupos sociales en el seno de estas comunidades.

De las siguientes etapas de la secuencia prehistórica de la Meseta Norte –el Bronce Antiguo y el Bronce Medio– no existen evidencias en nuestra área de análisis, probablemente debido a un cambio en el modelo de ocupación del territorio y tal vez también en las estrategias de subsistencia. En líneas generales se abandonan las zonas llanas en torno a los humedales y en su lugar se escogen

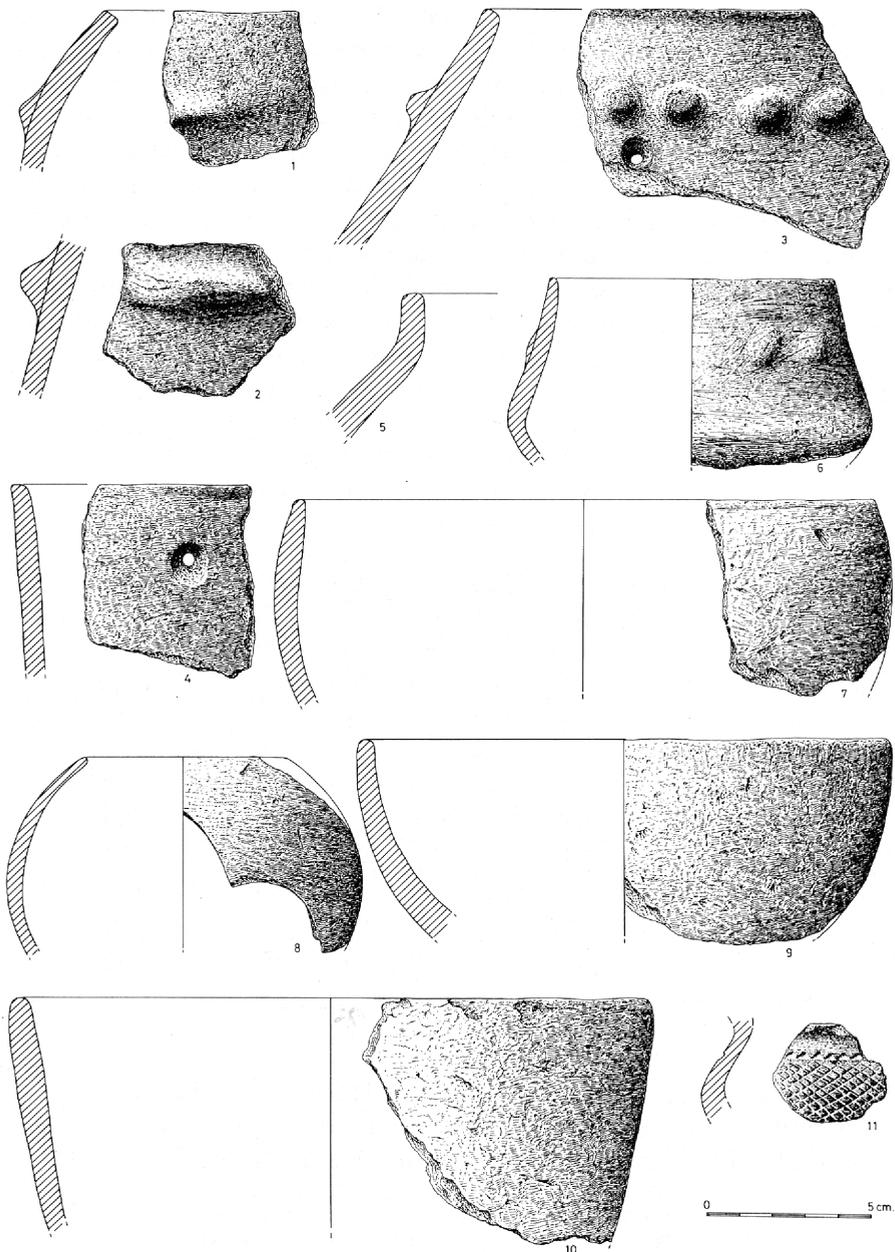


Fig. 7. Cerámicas de Cuesta de la Mora y fragmento con decoración campaniforme de La Vaca, en Fuente de Santa Cruz (según Martín y Delibes, 1989).

emplazamientos más elevados en los espigones de los páramos que bordean los valles del Eresma y del Adaja. Los yacimientos del Bronce Antiguo y Medio en este sector de las campiñas meridionales son escasos y todos ellos quedan alejados del entorno de La Calzadilla. En Segovia contamos con un enclave –El Alto de la Copera– que podría clasificarse con todas las reservas en los compases iniciales de la Edad del Bronce gracias a un borde con unguilaciones y a otro que presenta un baquetón horizontal. Mientras que de El Beneficio, también en Montejo de Arévalo, procede un único ejemplar que podría atribuirse al horizonte Protocogotas: un solitario galbo decorado con una espiga incisa, sospechoso por otra parte de pertenecer a la ocupación de Cogotas I también detectada en este enclave.

Es precisamente durante el Bronce Final cuando asistimos a una revitalización de la dinámica poblacional de las campiñas al sur del Duero. De nuevo se ocupan las tierras de cultivo y las praderas naturales en torno a los humedales y las características especies cogoteñas colonizan espacios que ya habían sido visitados por las gentes neolíticas y campaniformes. En el propio enclave de La Calzadilla tiene lugar un nuevo asentamiento prehistórico, que por las características de sus barros –vasos troncocónicos y fuentes de carena alta, predominio del boquique y discreta presencia de la excisión– parece situarse en los compases iniciales de la etapa de apogeo de Cogotas I (Balado Pachón, 1989: 70-74). Da la impresión de que la ocupación prehistórica previa a la villa romana tiene continuidad espacial en el gran complejo situado inmediatamente al sur, el de Prado de la Vega-El Caballo. Éste es, como ya hemos señalado, un extenso yacimiento, algo más de ochenta hectáreas, en el que se identifican varios focos de concentración de hallazgos de época prehistórica, tardorromana, visigoda y plenomedieval con sus respectivas áreas de dispersión. En concreto, además de una ocupación indeterminada definida por un anodino conjunto de cerámicas modeladas sin ayuda del torno, el Bronce Final se identifica con el núcleo B del yacimiento. Ocupa una superficie de 8,5 hectáreas y se localiza al oeste, mirando hacia uno de los lavajos que salpican esta zona, y conecta por el norte con el área arqueológica de La Calzadilla. Los materiales que permiten la atribución al Bronce Final son varios fragmentos cerámicos que portan característicos motivos de incisión y boquique.

Apenas a un kilómetro al suroeste de la villa de Almenara encontramos otro enclave de Cogotas I. Se trata de Tocanegrada, del que ya hablamos al referirnos a su ocupación neolítica. Con casi diez hectáreas se ubica en una zona algo elevada a lo largo del cauce de La Arroyada. En los trabajos de prospección se identificó un manchón en el extremo sureste del yacimiento asociado con un conjunto de especies cerámicas cogoteñas, mientras que el resto de los materiales del área de dispersión eran lisos. El otro gran yacimiento del Bronce Final que se encuentra

en torno a La Calzadilla es el de Fuente La Reina-La Olma, en el término de Fuente Olmedo. Una vez más estamos ante una vasta zona arqueológica -48,5 hectáreas- en la que se suceden las ocupaciones prehistóricas (Campaniforme, Cogotas I y Soto inicial) y romana. Los hallazgos del Bronce Final se concentran en los focos 1 y 2, en los cuales podemos encontrar tuestos que podrían inscribirse en un momento temprano dentro de Cogotas I, es el caso de la cazuela con líneas quebradas de boquique o el fragmento con espigas incisas, y otros tantos que corresponderían a una etapa avanzada, como prueba la comparencia sobre un galbo de la técnica excisa.

En las vecinas campiñas segovianas la presencia de Bronce Final es mucho más discreta, aunque en nuestra opinión se debe principalmente a un problema de registro y no a una verdadera ausencia de este horizonte. Así, dentro de nuestro territorio de análisis contamos con un enclave en Montejo de Arévalo –El Beneficio- que entregó cerámicas con boquique y zigzags; en Fuente de Santa

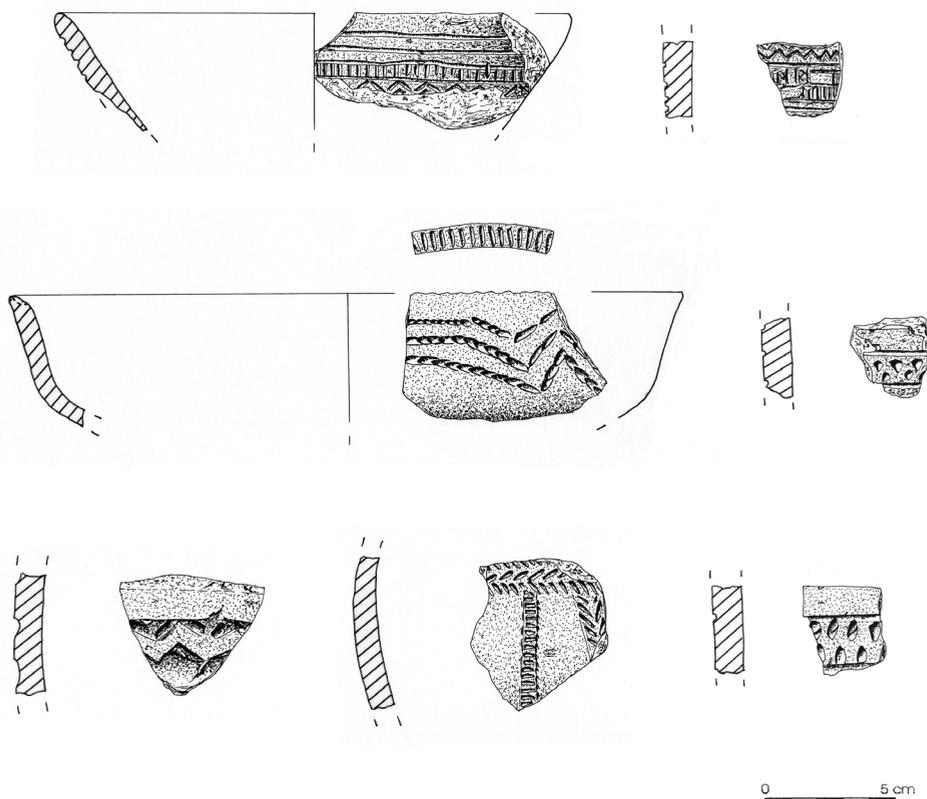


Fig. 8. Materiales campaniformes y Cogotas I del yacimiento de Fuente La Reina-La Olma, en Fuente Olmedo (dibujos de J. Quintana).

Cruz, El Palomar rindió entre sus materiales un fragmento muy erosionado que podría ofrecer un motivo exciso, mientras que de nuevo en el término de Montejo, aunque ya algo más alejado, se conoce una nueva estación –Los Bodones– que, clasificada una vez más en el inventario como posible Bronce Medio, lo cierto es que sus tuestos parecen remitir a Cogotas I y al Soto inicial.

El atractivo que tiene este paisaje para las gentes del Bronce Final perdura durante la etapa siguiente, protagonizada por los yacimientos de la cultura del Soto de Medinilla, aquellos que se engloban en el llamado Soto inicial o formativo, particularmente abundantes en las campiñas meridionales del Duero, como ya tuvimos ocasión de demostrar hace una década a partir de los datos del inventario vallisoletano (Quintana y Cruz, 1996). Este horizonte marca el final cronológico de nuestro estudio por varios motivos, en primer lugar porque el paso entre el Soto inicial y el pleno coincide con el tránsito entre el periodo Subboreal y el Subatlántico; en efecto, si este último se ubica entre el 850 y el 760 A. C. de la cronología real de calendario, las fechas calibradas de paso entre una y otra etapa del grupo Soto nos llevan igualmente a fines del siglo IX o inicios del VIII, como prueban los datos del yacimiento homónimo (Delibes *et alii*, 1995b), del Cerro de San Pelayo (Benet, 1990) y de La Mota de Medina del Campo, estación esta última que inicia su andadura coincidiendo con el principio del Soto Pleno (Seco y Treceño, 1993: 135, 139 y 170). Pero es que además así como los yacimientos del Soto inicial son abundantes en este espacio, y casi siempre recurriendo a los mismos emplazamientos que en las fases anteriores, se advierte una notable escasez de los correspondientes al Soto pleno en toda la campiña meridional, y de hecho en la zona de estudio no hay ni una sola estación de este signo, lo que sin duda es un reflejo de que coincidiendo con ese acontecimiento climático o provocado por él se han producido hondas transformaciones en el seno de los grupos humanos que les llevan a buscar otros escenarios donde desarrollar su vida, en particular los valles del Duero y el Pisuerga y la Tierra de Campos (Quintana y Cruz, 1996: 41-51), es, pues, el final de un modelo de ocupación del espacio vigente durante la Prehistoria reciente y al que luego aludiremos.

De la propia Calzadilla procede uno de los conjuntos cerámicos que ayudaron a caracterizar la alcaillería de los momentos iniciales del mundo del Soto, esos peculiares vasitos de carena resaltada que junto con otros troncocónicos, alguna posible tapadera y piezas con restos de pintura roja fueron bien estudiados y caracterizados por Arturo Balado (1989: 75-83). Con posterioridad, sumamos a esos rasgos otros, la mayor parte de yacimientos procedentes de esta misma campiña, como el de La Monja en Aguasal, Dehesa de Doña María de Olmedo, Navanacia en Íscar, La Dehesa en Pedrajas de San Esteban o Soto de Tovilla II, ya en Tudela de Duero. Entre estos rasgos que completan el panorama de la cerámica del Soto inicial podemos señalar la presencia de decoraciones incisas y

excisas sobre los hombros de las carenas de los vasitos aquillados, el añadido de pequeños mamelones dispuestos a la altura de la carena de esos mismos recipientes y perforados para su suspensión, de cacharros de más capacidad y sencillos perfiles cuenquiformes u ovoides, con frecuencia decorados con impresiones en los labios y a veces también en las paredes, y de algunas formas inéditas, como los carretes u hornillos portátiles, las piezas caladas, asas de herradura o estribo y de lengüeta, etc. (Quintana y Cruz, 1996: 22-41).

A partir de estos rasgos de la cultura material hemos definido las ocupaciones de esta etapa dentro de nuestro entorno. Así sucede con el ya mencionado de Fuente La Reina-La Olma, tres de cuyos focos proporcionaron restos de tapaderas, de vasitos carenados bruñidos y de recipientes mayores con bordes digitados o con unguilaciones, con el interés añadido de que, tal y como comentamos, dos de esos focos entregaron también tuestos de Cogotas I. En Fuente Olmedo, e igualmente en ese sector de terraza de interfluvio destacado del entorno, hay otro yacimiento, el de Los Casares, que ha ofrecido un lote del Soto Inicial de características similares, vasitos aquillados, cuencos, vasos troncocónicos y recipientes más toscos de almacén. Como hemos señalado líneas atrás, este yacimiento de 13,50 ha es uno de los pocos que ha entregado restos de una sola ocupación, aunque por lo dicho anteriormente no sabemos si el dato de su extensión tiene suficiente validez para tomarlo como modelo. También a estos compases del tránsito del Bronce Final al Hierro pertenece el conjunto cerámico del foco dos del yacimiento de La Olmedilla en Almenara, aunque los materiales son menos expresivos.

En tierras segovianas hay tres estaciones con producciones de esta etapa. El de La Vaca de Fuente de Santa Cruz, aquél que ya había rendido una pieza campaniforme, también entregó cuencos troncocónicos bruñidos propios de esta etapa a juicio de Martín Valls y Delibes (1989: 67-68), material que se completa con lo recuperado en prospección: nuevas cerámicas bruñidas, una pieza carenada, tal vez una cazuela, y un galbo con un pequeño mamelón. Dentro de Montejo de Arévalo, pero muy cerca de la raya con Puras, se encuentra el paraje de El Beneficio, a la vera del arroyo de La Dehesa o de Las Arroyadas, otro lugar con restos de Cogotas I y del Soto inicial, en este caso delatados por las piezas de acabado espatulado y bruñido y por la presencia de un borde con mamelón y de un galbo con resalte horizontal, sucinta descripción de la ficha que no sabemos si esconde una carena o un mamelón horizontal. En el de Fuente Tárraga, también de Montejo y fuera ya de nuestro radio de cinco kilómetros, aunque es posible que se trate de un yacimiento amplio y con más de una ocupación, los materiales cerámicos más claros descritos en la ficha vuelven a mostrarnos los acabados espatulados, bruñidos y escobillados, varios fragmentos carenados, otros con decoración incisa en zigzag, piezas con bordes digitados o con acanaladuras y finas cerámicas bruñidas con mamelones. El yacimiento más extremo es el de

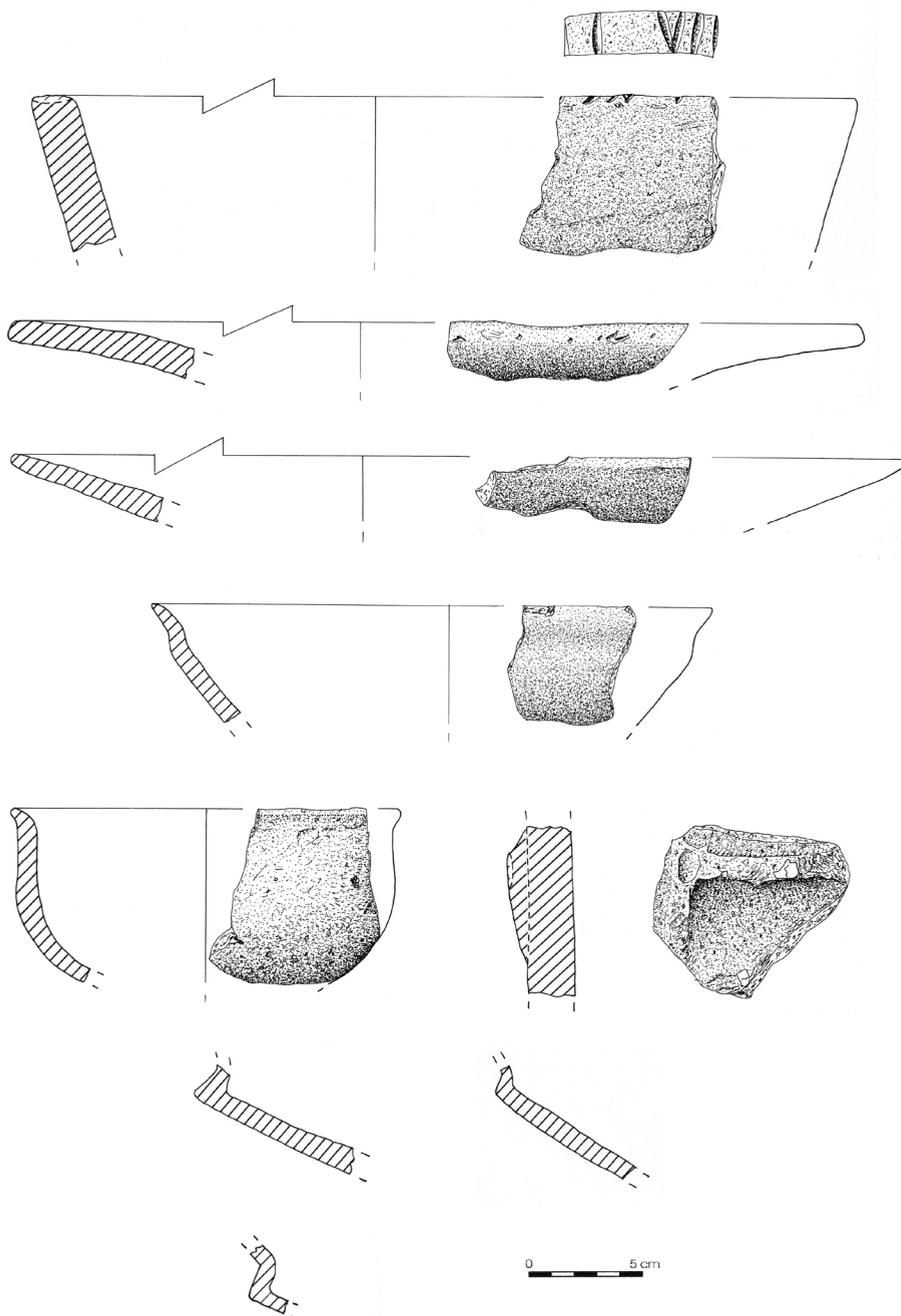


Fig. 9. Cerámicas de la Primera Edad del Hierro de Fuente La Reina-La Olma, en Fuente Olmedo (dibujos de J. Quintana).

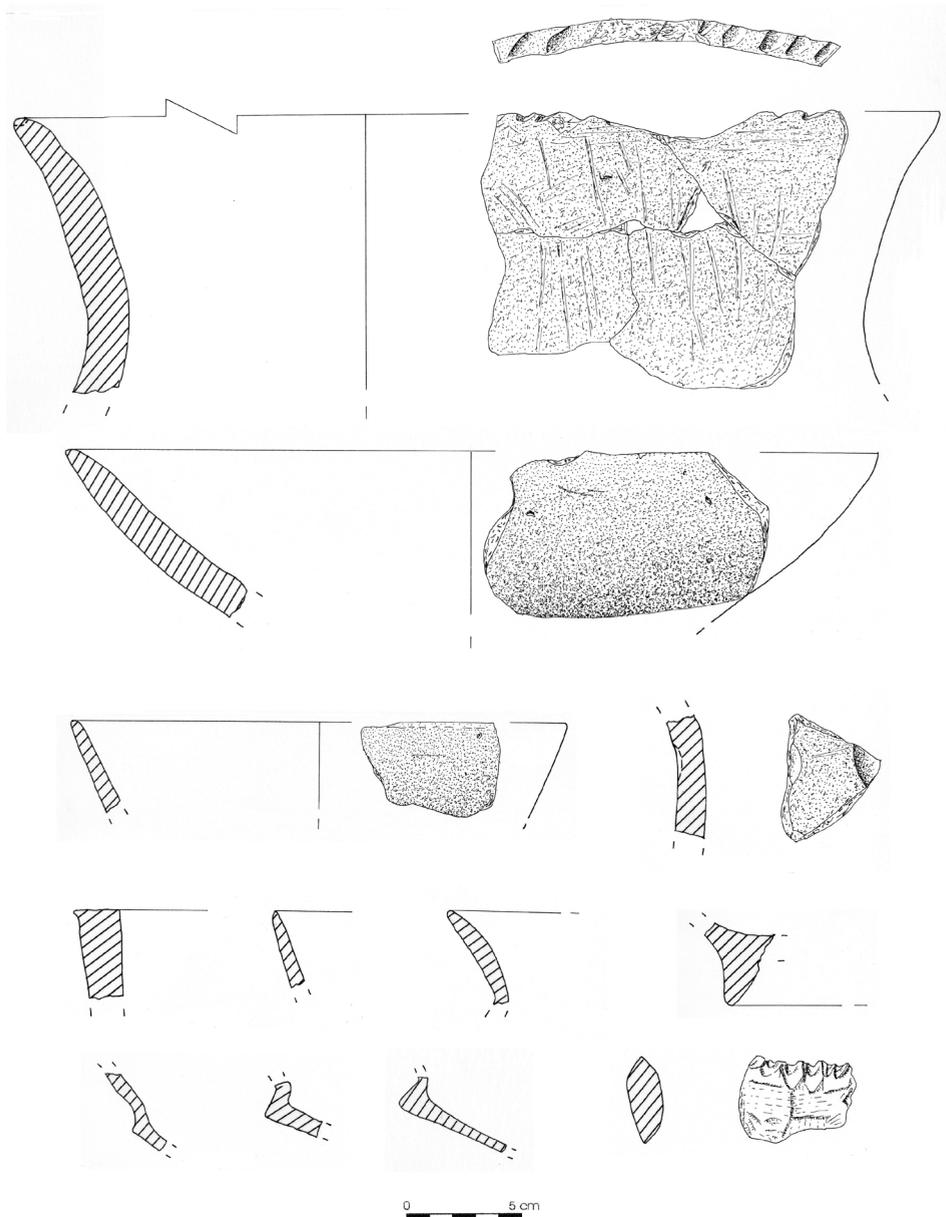


Fig. 10. Cerámicas del Soto inicial recuperadas en el yacimiento de Los Casares, en Fuente Olmedo (dibujos de J. Quintana).

Los Bodones, que como ya hemos mencionado entregó piezas con decoraciones propias de Cogotas I y otras, como los al menos tres vasitos de carena resaltada, uno con un mamelón y otro con decoración de rombos rellenos de líneas incisas, que nos sitúan en esta etapa del Soto inicial.

3. Poblados y lavajos. El modelo de poblamiento de la campiña durante la Prehistoria reciente

Volviendo a la tesis ecológica y climática que tomamos del estudio del abulense Valle Amblés, se deduce que el periodo en general seco y caluroso que marca todo el devenir de la Prehistoria reciente desde el Calcolítico tiene sus implicaciones en la forma de explotar el territorio, que en general se resuelve en una búsqueda constante de los puntos de agua, sean estos corrientes o láminas aéreas, lo que los autores bautizan como “modelo de dependencia hídrica”, que al margen de los cambios culturales se mantiene estable a lo largo de más de dos milenios porque es el mejor adaptado a las condiciones reinantes. Esta forma de acomodarse al ambiente y aprovecharlo económicamente ejercida durante un periodo de tiempo tan largo tuvo sus inevitables consecuencias medioambientales, traducidas en la sobreexplotación de los recursos de esas áreas privilegiadas, que llegan al inicio del primer milenio con un paisaje antropizado y sin posibilidad de regeneración a corto plazo. El paso al periodo Subatlántico introdujo unas nuevas condiciones ecológicas sobre ese espacio natural ya alterado, con el encharcamiento de las zonas más bajas como consecuencia del aumento hídrico, el lavado de los nutrientes del suelo y el consiguiente cambio en la vegetación, lo que hizo imposible la reproducción del sistema subsistencial, que de esta manera llega a su fin en un momento que coincide con el tránsito del Bronce Final a la Primera Edad del Hierro (López y Blanco, 2003). Según esta interpretación, el modelo de ocupación vigente durante la Prehistoria reciente en buena parte al menos de la Meseta Norte sería un claro ejemplo de *tiempo largo* histórico, uno de esos procesos continuados que con independencia de los acontecimientos o crisis puntuales permanece inmutable durante generaciones (Le Goff, 1994; Ruiz-Gálvez Priego, 1998: 328-329).

Con todo lo que hemos contado hasta ahora sobre los yacimientos de este sector de la campiña meridional y su secuencia cultural, nada extrañará que propongamos este espacio como uno de los mejores paradigmas de esta interpretación. El entorno de los bodones, que comienza a ser explotado durante el Neolítico, asistirá con el paso del tiempo a un progresivo fenómeno de deforestación desde el centro de esas láminas de agua hacia la periferia de la mano de prácticas agrícolas poco conservadoras, como la quema periódica para ganar espacios y nutrientes. Una vez agotado el efecto fertilizante del incendio, la única alternativa en un ecosistema

como éste es trasladar la explotación a las inmediaciones de otro lavajo cercano. La circunstancia de que las zonas húmedas no se distribuyan por igual por toda la campiña sino que se concentren en determinados sectores deprimidos, explica la insistente visita a esas áreas por las distintas culturas arqueológicas, de cuya atracción no podían escapar no sólo porque carecían de una tecnología agrícola adecuada, sino también porque los factores climáticos no ayudaban a esa posible expansión. Unos grupos reducidos como los que parecen traducir los distintos focos de los yacimientos podían practicar en esas condiciones una agricultura de subsistencia de base cerealista completada con la ganadería, que gozaría de los prados húmedos y que pudo protagonizar pequeños movimientos dentro de un régimen estante o riberiego, pues recientemente Abarquero Moras ya se ha ocupado de desmontar la idea de que culturas supuestamente ganaderas como la de Cogotas I pudieran haber necesitado movimientos de larga o media distancia, trashumantes o transtermitentes, sobre todo teniendo en cuenta que hasta hace escasas fechas todos los pueblos de esta zona han mantenido rebaños de ovejas para su sustento aprovechando las rastrojeras y los prados de riberas y humedales (Abarquero Moras, 2005). El resto de los recursos bióticos, como la caza o la recolección de determinados frutos y plantas asociados a las zonas de abundancia hídrica, fueron otro complemento importante de la dieta de estos grupos.

Pero tal vez la lectura no es tan simple como la esbozada hasta ahora. El hecho de que en la zona este se encuentre ese sector de terrazas elevado donde se sitúan algunos de los yacimientos (Fig. 1), da pie a reflexionar sobre un posible uso complementario entre estos emplazamientos y los de las zonas deprimidas. Como ya hemos comentado, desestimado un interés estratégico mayor que el de controlar los lavajos cercanos, la principal ventaja que tienen estos lugares es que en los periodos de mayores precipitaciones evitarían excesos de humedad, con lo que esto conlleva para la conservación de los alimentos o para la salud de animales y personas. Tal vez por ello sea en uno de estos sitios saneados donde se ubica la única tumba conocida del entorno inmediato, el enterramiento campaniforme de Fuente Olmedo. Es posible, por tanto, que aunque el modelo general de ocupaciones recurrentes sea válido también para estos enclaves en alto, como lo demuestra su propia secuencia, al menos en determinados momentos de la Prehistoria fuera en ellos donde se ubicara el hábitat principal, con un lugar de habitación secundario en la inmediata vecindad de los rebaños estantes de los humedales. A falta de investigaciones de mayor profundidad, tan sólo podemos señalar esta casuística y exponer algunas hipótesis de trabajo que futuros estudios podrán contrastar.

En cualquier caso, sea en las zonas más deprimidas o en esos altozanos del interfluvio, la necesidad de estar cerca de los humedales no pudo ser superada hasta que los condicionantes climáticos cambiaron drásticamente, es decir, hasta

que se produjo una crisis ecológica, que se identifica con el paso del Subboreal al Subatlántico. Este acontecimiento se desarrolló de forma rápida, en poco más o menos un siglo, entre el 850 y el 760 de la cronología calibrada. Las nuevas condiciones abrieron posibilidades de explotación inéditas en terrenos antes castigados por la extrema sequedad, al tiempo que el aumento del nivel hídrico de base permitió extender los sectores encharcadizos del entorno de los bodones hasta convertirlos en auténticas zonas pantanosas, infértiles por el exceso de agua y el lavado de los nutrientes, todo lo cual devino en la necesidad de adoptar nuevas estrategias subsistenciales. Las comunidades del Soto inicial se valieron para ello de todas las innovaciones que habían ido llegando con la aceleración de los intercambios propia del Bronce Final, entre ellas cultígenos y técnicas agrícolas, y el resultado, y a la par la mejor prueba de esta transformación, es el traslado de la población a áreas de la provincia hasta ahora casi no exploradas como la Tierra de Campos. La cristalización de este proceso coincide con la plenitud del Hierro I, por ello ya en su día defendimos que la verdadera modificación en la ocupación del territorio no se produce con el fin de Cogotas I y el advenimiento del grupo Soto de Medinilla, sino con el paso de la fase inicial de este grupo a la plena (Quintana y Cruz, 1996). A partir de este cambio en ese casi inmutable modelo de poblamiento de las etapas precedentes y hasta que los romanos no vuelvan a poner en explotación el entorno de la zonas húmedas de la campiña arenosa, ya con otras tecnologías y objetivos, parece que el sector analizado de esta planicie no fue estratégico para los intereses de las gentes avanzadas de la Edad del Hierro.

Bibliografía

- BALADO PACHÓN, A. (1989): *Excavaciones en Almenara de Adaja: el poblamiento prehistórico*. Valladolid: Diputación provincial de Valladolid.
- BOISMIER, W. A. (1991): "The role of Reserch Desing in Surface Collection: An Example from Broom Hill, Broisfield, Hampshire". En R. H. Clark y A. J. Schofield (eds.), *Interpreting artefact scatters. Contributions to ploughzone archaeology*. Oxford: Oxbow Monograph, 4.
- BURILLO MOZOTA, F. (dir.) (1998): *Arqueología del Paisaje*. Arqueología Espacial, 19-20. 5º Coloquio Internacional de Arqueología Espacial. Teruel, 14-16 de septiembre de 1998. Teruel.
- CALONGE CANO, G. (1995)a: "Rasgos básicos del medio físico correspondiente al territorio vacceo del valle medio del Duero". En G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.), *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 19-46.
- (1995)b: "Interpretación de los resultados de las investigaciones medioambientales y arqueológicas y su relación con el pretérito espacio físico vacceo del valle medio del Duero". En G. Delibes, F. Romero, y A. Morales (eds.), *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 529-539.
- CASTEDO URIBARRI, J. (1989): *Evaluación de recursos agrarios. Mapa de cultivos y aprovechamientos. Olmedo (valladolid)*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- CLARK, R. H. y SCHOFIELD, A. J. (eds.) (1991): *Interpreting artefact scatters. Contributions to ploughzone archaeology*. Oxford: Oxbow Monograph, 4.
- DELIBES DE CASTRO, G. y GUERRA DOCE, E. (2004): "Contexto y posible significado de un cuenco Ciempozuelos con decoración simbólica de ciervos hallado en Almenara de Adaja". *Zona Arqueológica. Miscelánea en homenaje a Emiliano Aguirre*. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional, Volumen 4. Arqueología, pp. 117-125.
- (2005): "La Calzadilla (Almenara de Adaja, Valladolid)". En M. Rojo *et alii* (coord.), *El Campaniforme en la Península Ibérica y su contexto europeo*. Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 545-550.
- DELIBES, G., ROMERO CARNICERO, F., ESCUDERO NAVARRO, Z., SANZ MÍNGUEZ, C., SAN MIGUEL MATÉ, L. C., MARISAL ÁLVAREZ, B., CUBERO CORPAS, C., UZQUIANO OLLERO, P., MORALES MUÑIZ, A., LIESAU VON LETTOW-VORBECK, C. y CALONGE CANO, G. (1995): "El medio ambiente durante el primer milenio a. C. en el valle medio del Duero. Consideraciones finales". En G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.), *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 543-582.

- DEWAR, R. E. y MCBRIDE, K. A. (1992): “Remnant Settlement Patterns”. En J. Rossignol y L. Wandsnider (eds.), *Space, Time and Archaeological Landscapes*. Nueva York: Springer, p. 227-255.
- DUNNELL, R. C. y DANCEY, W. S. (1983): “The siteless survey: a regional scale data collection strategy”. En M. B. Schiffer (ed.), *Advances in Archaeological Method and Theory*. Nueva York: Academic PR, 6, pp. 267-287.
- ESTREMERA PORTELA, M^a. S. (2003): Primeros agricultores y ganaderos en la Meseta Norte: el Neolítico de la Cueva de La Vaquera (Torreiglesias, Segovia). *Memorias. Arqueología en Castilla y León*, 11. Zamora: Junta de Castilla y León.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M. y RUIZ ZAPATERO, G. (1984): “El análisis de territorios arqueológicos: una introducción crítica”. *Arqueología Espacial*, 1. Teruel.
- FOLEY, R. (1981). “Off-site Archaeology: An Alternative Approach for the Short-sited”. En I. Hodder, G. Isaac y N. Hammond (eds.), *Pattern of the Past. Studies in Honour of David Clarke*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 157-183.
- GALLANT, T. W. (1986): “Background Noise and Site Definition: a Contribution to Survey Methodology”. *Journal of Field Archaeology*, 13, pp. 403-418.
- HASELGROVE, C. (1985): “Inference from Ploughsoil Artefact Samples”. En C. Haselgrove, M. Millet y I. Smith (eds.), *Archaeology from the Ploughsoil*. Sheffield: John Collis Publications.
- HIGGS, E. S. y VITA-FINZI, C. (1972): “Prehistoric economies: a territorial approach”. En E. S. Higgs (ed.), *Papers in Economic Prehistory*. Londres: Cambridge University Press, pp. 27-36.
- IGLESIAS, J. C., ROJO, M. A. y ÁLVAREZ, V. (1996): “Estado de la cuestión sobre el Neolítico en la Submeseta Norte”. *I Congreso del Neolítico a la Península Ibérica. Rubricatum*, 1. Gavá-Bellaterra, pp. 721-734.
- LE GOFF, J. (1994): “Tiempos breves, tiempos largos”. *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*. Barcelona: Gedisa, pp. 148-162.
- LÓPEZ SÁEZ, J. A. y BLANCO GONZÁLEZ, A. (2003): “La mutación Bronce Final/Primer Hierro en el suroeste de la Cuenca del Duero (provincia de Ávila): ¿cambio ecológico y social?. En A. Esparza Arroyo (coord.), *Encuentro de Jóvenes Investigadores sobre Bronce Final y Hierro en la Península Ibérica*. Salamanca: Universidad de Salamanca, pp. 219-238.
- MAPA AGRONÓMICO NACIONAL (1968): *Mapas provinciales de suelos. Valladolid*. Madrid: Ministerio de Agricultura.
- MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G. (1989): *La cultura del vaso campaniforme en las campiñas meridionales del Duero: El enterramiento de Fuente Olmedo (Valladolid)*. Valladolid: Junta de Castilla y León. Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid, 1.
- MÉNDEZ FERNÁNDEZ, F. (1994): “La domesticación del paisaje durante la Edad del bronce gallega”. *Trabajos de Prehistoria*, 51, 1, pp.77-94.

- QUINTANA LÓPEZ, J. y CRUZ SÁNCHEZ, P. J. (1996): “Del Bronce al Hierro en el centro de la Submeseta Norte (Consideraciones desde el Inventario Arqueológico de Valladolid)”. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LXII, pp. 9-78.
- QUINTANA LÓPEZ, J. y ESTREMER PORTELA, M. S. (2011): “Orígenes y antigüedad. Patrimonio arqueológico y evolución del paisaje”. En M. García Fernández, *Bocigas en su historia. Orígenes y época moderna (siglos XVI-XVIII)*. Valladolid: Diputación de Valladolid.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1998): *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa occidental*. Barcelona: Crítica.
- TARDÓN GUTIÉRREZ, G. (1995): “Los primeros pobladores”. En C. Arranz Santos, *Villa y Tierra de Íscar*. Íscar: Comunidad de Villa y Tierra de Íscar, pp: 31-62.